

CONDENADO FANZINE

RADIO CONDENADO #163



BEFORE THE BOMB

ivoox



YouTube

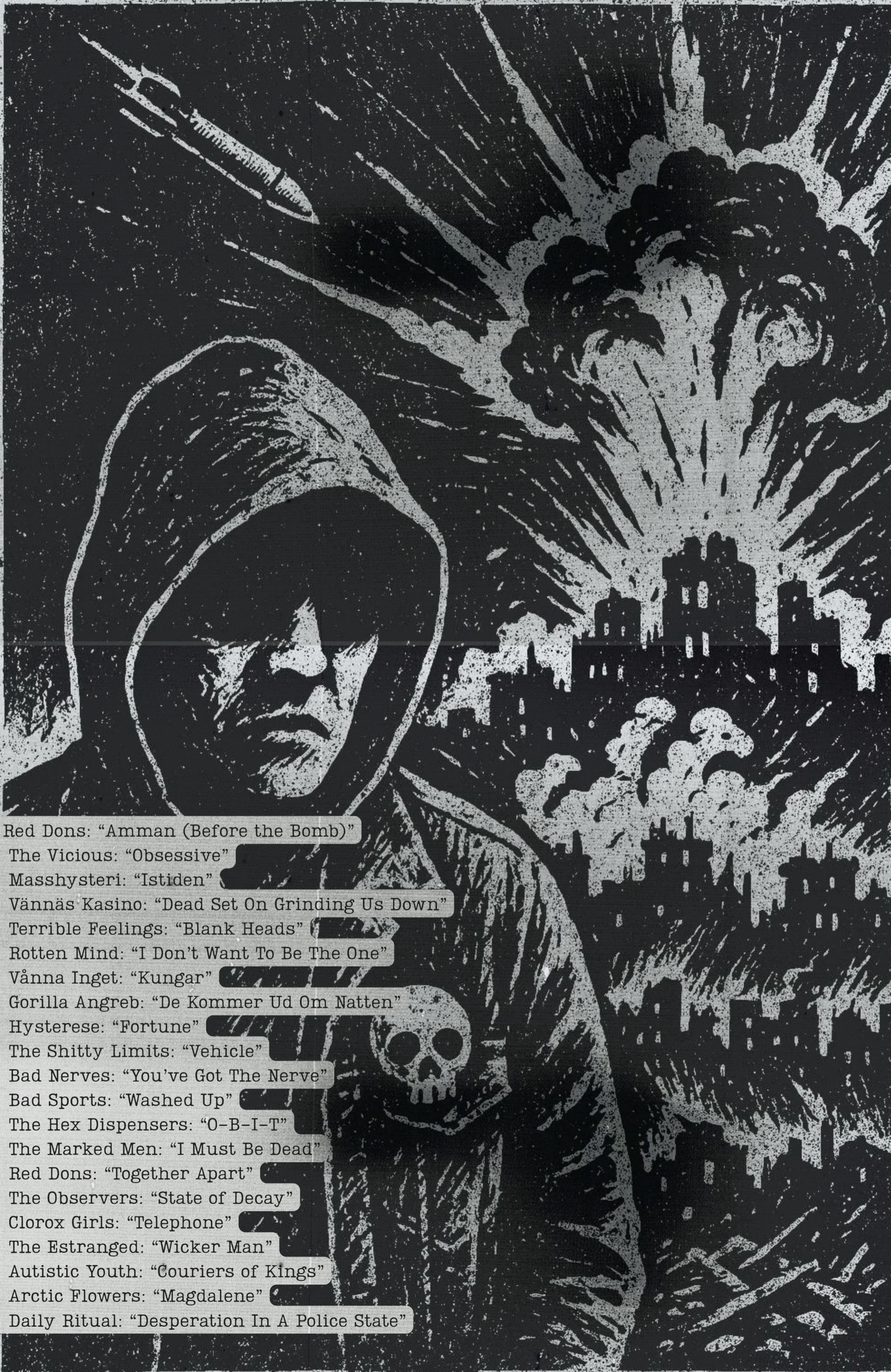




Este episodio viaja por la oscuridad melódica del punk del siglo XXI, con sonidos que oscilan entre la gelidez escandinava, la melancolía del post-punk y el filo pop del punk estadounidense de los 2000s. Las conexiones entre bandas, escenas y sellos tejen un mapa sonoro que habla de angustia, aislamiento y resistencia. Muchas de estas formaciones comparten raíces en sellos como Deranged, Dirtnap o Ny Våg, y en ciudades como Portland, Umeå o Denton, donde se forjan los sonidos de esta emisión #163 de Radio Condenado. Tic, tac, tic, tac... La bomba está a punto de estallar. ¡Dale al play!

Escucha el episodio completo en:
iVoox, Spotify, YouTube y SoundCloud

👉 condenadofanzine.com



Red Dons: "Amman (Before the Bomb)"

The Vicious: "Obsessive"

Masshysteri: "Istiden"

Vännäs Kasino: "Dead Set On Grinding Us Down"

Terrible Feelings: "Blank Heads"

Rotten Mind: "I Don't Want To Be The One"

Vånna Inget: "Kungar"

Gorilla Angreb: "De Kommer Ud Om Natten"

Hysterese: "Fortune"

The Shitty Limits: "Vehicle"

Bad Nerves: "You've Got The Nerve"

Bad Sports: "Washed Up"

The Hex Dispensers: "O-B-I-T"

The Marked Men: "I Must Be Dead"

Red Dons: "Together Apart"

The Observers: "State of Decay"

Clorox Girls: "Telephone"

The Estranged: "Wicker Man"

Autistic Youth: "Couriers of Kings"

Arctic Flowers: "Magdalene"

Daily Ritual: "Desperation In A Police State"

STILL NOT TELEVISED

Texto: Rosie Spitfire

The Cambridge Five: Working for the Soviets

En una Inglaterra acostumbrada a que la traición viniera de abajo —de los barrios obreros, de las huelgas mineras, de los agitadores sindicales—, que surgiera desde lo más alto del privilegio resultaba casi obscuro. A mediados del siglo XX, cinco hombres educados en la élite de Cambridge, bien vestidos, con apellidos respetables y carreras brillantes en el servicio diplomático e inteligencia británica, comenzaron a entregar secretos a la Unión Soviética. Lo hicieron no por dinero, sino por algo aún más imperdonable a ojos del establishment: por convicción ideológica. Los apodaron “The Cambridge Five”, aunque algunos periodistas preferían un nombre más inquietante: los Red Dons. Como los dons universitarios, pero rojos. Como si el comunismo se hubiera colado por las rendijas de los salones de té y las bibliotecas privadas del Imperio.

Hijos del privilegio

Ninguno de los Red Dons nació en un barrio proletario. No se radicalizaron en fábricas, ni militaban en sindicatos clandestinos. Sus trincheras eran bibliotecas de roble, pasillos góticos y clubes de debate con más siglos que

personas. Cambridge, en los años treinta, era un hervidero de cerebros brillantes y egos aún más brillantes, pero también —como suele ocurrir en las instituciones cerradas— un espacio donde los privilegios comenzaban a pudrirse por dentro. Allí coincidieron cinco jóvenes que lo tenían todo: dinero, futuro y la certeza de que el sistema británico los necesitaba. Pero, en lugar de servir a la corona, decidieron servir a la revolución.

- Kim Philby, el más carismático, espía doble por excelencia. Hijo de diplomático y orientalista con conexiones en el MI6.
- Guy Burgess, caótico, alcohólico, irresistible, con un don para las conexiones sociales.
- Donald Maclean, frío y calculador, futuro diplomático en Washington.
- Anthony Blunt, historiador del arte, experto en Poussin, futuro conservador de la colección real.
- John Cairncross, el más callado, pero también el más prolífico informante sobre el Proyecto Manhattan.

Los cinco fueron reclutados en algún momento de sus años universitarios. El contexto era crucial: auge del fascismo en Europa, brutalidad del colonialismo británico, crisis del capitalismo... y una URSS que aún no había revelado del todo sus monstruos. El comunismo, en ese momento, era para ellos una apuesta moral, un último refugio ante un mundo que marchaba de cabeza hacia el abismo.

Espiar por principios

No fueron espías como los del cine. No llevaban gadgets, ni se disfrazaban de camareros para desactivar bombas.

Lo suyo era más silencioso, más burocrático, más eficaz.

Filtraban documentos, memorandos diplomáticos, planes militares. Información crítica sobre la política exterior británica

y estadounidense, incluida la construcción de

la bomba atómica. Lo hacían desde dentro: Philby en el MI6, Maclean en embajadas clave, Burgess como secretario privado de altos cargos, Blunt en la inteligencia militar. Eran las venas del Imperio, y desde ahí drenaban sangre para Moscú.

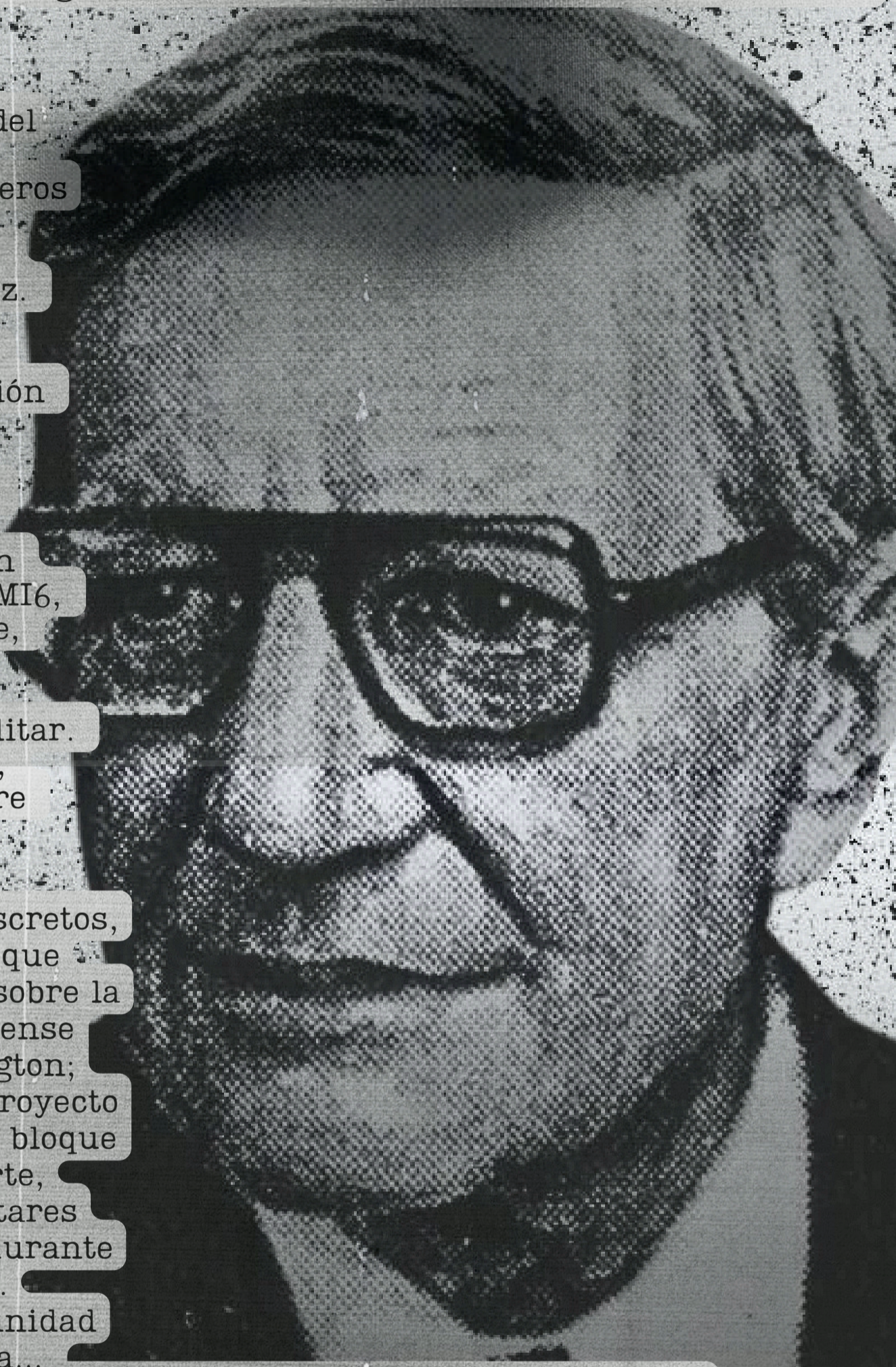
Sus contactos con el KGB (entonces NKVD) fueron discretos, pero constantes. Se estima que Maclean entregó informes sobre la política nuclear estadounidense desde su puesto en Washington; Cairncross pasó datos del proyecto Manhattan directamente al bloque soviético. Blunt, por su parte, tuvo acceso a secretos militares sobre operaciones aliadas durante la Segunda Guerra Mundial.

Philby llegó a dirigir una unidad entera de contrainteligencia...

contra la URSS. Sí, era el hombre encargado de detectar infiltraciones soviéticas. Y, mientras tanto, pasaba datos al enemigo. Pero el enemigo, para ellos, no era Moscú. Era el fascismo. Era el imperialismo británico. Era el antisemitismo europeo que acababa en campos de exterminio. Creían que Occidente no era moralmente superior, solo más educado en cómo maquillar su violencia. Por eso eligieron actuar. Por eso lo llamaron "traición", cuando para ellos era coherencia moral.

Burgess, el más impulsivo del grupo, lo dijo sin tapujos:

“No podíamos quedarnos de brazos cruzados viendo lo que hacían nuestros propios gobiernos.”



Es posible que fueran ingenuos. Seguramente lo fueron. Stalin no era precisamente el ideal que proyectaban en los cafés de Cambridge. Pero para ellos, la URSS aún representaba una posibilidad de justicia, o al menos de resistencia organizada contra un sistema que ya había probado su capacidad de destruir países enteros en nombre del orden. Espiaban por principios. Principios que hoy pueden parecer equivocados, pero que al menos no estaban en venta.

La caída, el silencio y el mito
Lo más insólito de esta historia es que durante años nadie los atrapó. Durante décadas, operaron bajo la nariz del aparato británico, protegidos por su acento, su club de esgrima y sus títulos universitarios. Cuando empezaron las sospechas, muchos dentro del MI6 y el Foreign Office se negaban siquiera a considerarlo posible: “¿Un espía comunista? ¿Philby? ¡Pero si es de los nuestros!” Los primeros en caer fueron Maclean y Burgess, que desertaron abruptamente en 1951. La noticia fue un terremoto diplomático: dos funcionarios de altísimo rango, con acceso a secretos de la OTAN, aparecían de pronto en Moscú. Fue entonces cuando se estrechó el cerco sobre Kim Philby, aunque no fue oficialmente acusado hasta años después. Su defensa fue brillante, su fachada perfecta. Pero en 1963, ante la evidencia acumulada, desertó también. Acabó en la URSS, donde vivió como un fantasma condecorado. Murió en Moscú en 1988, alcohólico,

laureado por la KGB pero frustrado por su exilio. Anthony Blunt fue el más protegido: sus servicios como conservador del arte real y sus vínculos aristocráticos lo blindaron durante décadas. No fue hasta 1979 —por presiones políticas y un discurso de Margaret Thatcher— que su nombre fue revelado públicamente. Blunt no fue encarcelado, pero perdió todos sus títulos y murió en 1983, sumido en el desprecio de la opinión pública. John Cairncross, el más solitario y ambiguo del grupo, fue el último en ser identificado. Nunca fue procesado.

El legado: ¿traidores o visionarios? Para la prensa británica, eran la gran traición del siglo XX. Para la izquierda internacional, un caso incómodo: ¿cómo reivindicar a quienes sirvieron a un régimen como el de Stalin? Pero su historia nunca se trató solo de espías. Se trató de lealtades divididas, de convicciones llevadas hasta el límite, de lo que ocurre cuando personas privilegiadas deciden que la injusticia no puede seguir siendo respetable solo porque viene envuelta en tweed. Su mito ha sido reciclado en novelas, películas, documentales y canciones. Algunos los ven como traidores de élite; otros, como idealistas perdidos. Pero quizás lo más perturbador de los Red Dons no es lo que hicieron, sino lo que nos obliga a preguntarnos: ¿qué haríamos nosotros si viéramos a nuestro país encaminarse hacia el fascismo? ¿A quién le seríamos leales: a la bandera o a la conciencia?



BAND OF THE WEEK

Texto: Amanda Azerrad

Imágenes: reddons.com

Red Dons: Anthems for the Doomed

Hay algo profundamente punk en llamarte como un grupo de espías traidores. Los Red Dons históricos — los “Cambridge Five”— eran funcionarios británicos de traje bien planchado y lealtades clandestinas, que filtraron información secreta al bloque soviético en plena Guerra Fría. Para unos, traidores a la patria; para otros, hombres de conciencia en un tiempo de barbarie. Lo que resulta inquietante no es tanto lo que hicieron, sino desde dónde lo hicieron: desde dentro del sistema, desde la élite, desde el corazón de Cambridge. La banda Red Dons toma ese nombre y lo lanza a una nueva frecuencia: distorsionada, itinerante, sin himnos ni fronteras. Como aquellos espías, tampoco parecen pertenecer del todo a ningún lugar. Nacidos del punk melódico, formados en garajes, estudios universitarios y países en guerra, sus canciones no proclaman doctrinas. Solo hacen preguntas incómodas. Y suenan como si la respuesta nunca llegara.

Una banda a la que no le pertenece ningún lugar porque Red Dons es una banda con pasaporte múltiple, pero sin

nación definida. Surgieron en 2006 en Portland tras la disolución de The Observers, pero rápidamente empezaron a desdibujarse como “banda local”. Douglas Burns, cantante y guitarrista, se mudó a Chicago. Daniel “Hajji” Husayn, bajista, se estableció en Londres. El batería, Richard Joachim, se quedó en Portland. Desde entonces, han grabado discos cruzando fronteras, han girado desde Brasil a Serbia y han compuesto canciones por correo postal y archivos compartidos. No es un truco de marketing: es cómo viven. Y cómo escriben. Su música se siente como la banda sonora de alguien que está siempre en tránsito, que busca en medio de aeropuertos y habitaciones baratas algún sentido a tanta movilidad. Son punks, sí, pero de un tipo más errante, más reflexivo, menos territorial.

El núcleo lo forman Burns y Husayn, dos músicos con bagaje académico, político y vital que va mucho más allá del típico circuito de bares. La distancia entre ambos no ha erosionado el grupo; al contrario, ha acentuado su carácter nómada, su

sonido de largo recorrido, su mirada de satélite. Red Dons no suena a Portland, ni a Londres. Suena a nadie. Suena a demasiados sitios.

Cómo suena una frontera rota
Hay bandas que suenan como una ciudad. Otras, como un cuarto cerrado. Red Dons suena como caminar por una frontera que ya no existe. Su música es punk enérgico, pero lleno de contención emocional. Las guitarras crean tensión más que velocidad, el bajo de Husayn siempre parece estar empujando desde abajo, y la voz de Burns no grita: declara, se rompe, susurra como quien intenta que no lo escuchen en una llamada internacional.

Red Dons recoge la tradición melódica de bandas como Wipers, padrinos del punk oscuro de Portland, cuya influencia ha sido reconocida

directamente en entrevistas y reseñas –por ejemplo, en Maximum Rocknroll–. También están presentes The Observers (el proyecto anterior de Burns), T.S.O.L. (por su teatralidad emocional) y The Adverts, con quienes llegaron a colaborar (TV Smith canta en el tema “A Vote for the Unknown”). Hay algo urgente en su sonido, pero también hay eco, como si cada canción llegara tarde, después del bombardeo. Los arreglos a menudo recuerdan a bandas post-punk europeas o a punk político californiano, pero nada encaja del todo. Porque esa es la gracia: Red Dons suena a no pertenecer.

Letras desde lugares en ruinas
Las canciones de Red Dons no vienen del imaginario habitual del punk. Vienen de autobuses en Amán, de



de atentados evitados por casualidad, de oficinas universitarias donde se acumulan las crisis nerviosas. Daniel Husayn vivió durante años en Jordania, justo tras el 11-S. Estuvo a punto de subir a un autobús que explotó minutos después. Sufrió episodios de paranoia, aislamiento y depresión tras su regreso a EE. UU. Todo eso está en las letras. Pero no se grita. Se narra, se recuerda. Canciones como “West Bank” o “Land of Reason” son documentos emocionales sobre lo que implica vivir entre dos fuegos. No hay lemas fáciles, no hay banderas. En “Room 322”, Husayn describe una crisis silenciosa en un cubículo universitario mientras el mundo arde fuera. Cada letra parece escrita desde el margen de algo: de la guerra, del mapa, del idioma. A diferencia de muchas bandas políticas que usan el punk como

vehículo de consigna, Red Dons no intentan convencerte de nada. Solo relatan. Pero lo que relatan, incomoda. Denuncian el intervencionismo, la hipocresía de Occidente, el miedo de ser ciudadano de un país que actúa en tu nombre con violencia. Sus canciones están llenas de preguntas, de silencios cargados, de gestos mínimos que cuentan mucho más que una arenga. Burns y Husayn no escriben panfletos. Escriben mapas de contradicción, rutas de fuga, diarios íntimos que, al escucharlos, parecen preguntas universales. ¿De qué sirve ser ciudadano si el país te traiciona? ¿Qué hacer cuando tus privilegios te convierten en cómplice? ¿Cómo se sigue adelante cuando has visto el fondo del pozo y no hay respuesta?

El nombre Red Dons no es una pose. Es un espejo. Así como los espías de Cambridge traicionaron su clase, su patria y su círculo social por una idea (acertada o no), Red Dons traicionan todo lo fijo: la pertenencia, el estilo, la frontera. No predicán revolución, pero la encarnan en la forma en que viven, en la forma en que graban un disco desde tres ciudades distintas, en cómo convierten el trauma personal en arte colectivo. Sus canciones son como cintas encontradas en un refugio abandonado. Emisiones de una frecuencia que ya nadie sintoniza, pero que sigue activa por si acaso alguien más está escuchando. No sabemos si lo están. Pero ellos siguen enviando el mensaje.

North London Bomb Factory
Daniel "Hajji" Husayn no solo es el bajista de Red Dons. Es también el técnico de sonido y masterización que muchos grupos punk del mundo buscan cuando quieren sonar bien sin sonar limpios. Desde su estudio North London Bomb Factory, ha trabajado con cientos de bandas, incluyendo G.L.O.S.S., Limp Wrist o The Estranged. Husayn no es solo un técnico. Es un artesano punk. Un tipo que pasó de vivir entre disturbios en Jordania a convertirse en referente de la ética DIY. Su estudio no es un negocio, sino una extensión de la escena. Masteriza con sensibilidad política, sabe dónde deben explotar los graves y cuándo dejar respirar el feedback. Desde Londres, es parte de ese extraño linaje de músicos que han hecho del sonido su segunda militancia.

FYI!

El episodio #25 de Radio Condenado pone el foco en Red Dons no solo como banda, sino como idea política. Titulado "El punk del círculo rojo de Cambridge", el programa entrelaza las historias de los espías Red Dons con las canciones de la banda, en una narrativa que cruza punk, ideología, historia y disidencia.

Incluye temas como "West Bank", "Pariah" o "Just Write, Romeo", junto a bandas afines como The Observers o Clorox Girls. El capítulo demuestra cómo Red Dons logra hacer punk político sin eslóganes, apelando al sentimiento de pérdida, alienación y lucha interior. Un episodio esencial para entender no solo qué hacen, sino por qué importan.



Radio Condenado #25 | El punk del círculo rojo de Cambridge - Radio...

Bajo un título tan pomposo y pretencioso como El punk del círculo rojo de Cambridge en Radio...



Portland Bands You Need to Hear Before You Drop Dead

Texto: Amanda Azerrad

The Observers

The Observers emergieron en Portland a principios de los 2000, fusionando el punk melódico con letras introspectivas y una estética post-punk. Douglas Burns, quien más tarde fundaría Red Dons, lideraba la banda, estableciendo así una conexión directa entre ambos proyectos. Su álbum "So What's Left Now" es considerado una pieza clave en la escena punk de la costa oeste.

Clorox Girls

Clorox Girls, originarios de Portland, destacaron por su punk energético con influencias del punk californiano y del power pop. Justin Maurer, miembro de la banda, también participó en proyectos relacionados con Red Dons, como Maniac. Su sonido vibrante y letras enérgicas los posicionaron como una banda destacada en la escena punk de los 2000.

The Estranged

The Estranged desentierra la vena más sombría del punk de Portland, con un sonido que bebe del post-punk británico y lo arrastra por callejones húmedos. Sus guitarras en espiral y ritmos tensos crean paisajes de ansiedad contenida. No es música para saltar, sino para mirar hacia dentro mientras todo se descompone afuera. Su álbum The Subliminal Man es una declaración de introspección eléctrica.

Autistic Youth

Autistic Youth hace punk melódico con la urgencia del hardcore y la nostalgia de las cintas grabadas en casa. Las canciones son veloces, afiladas, cargadas de melodías que se quedan resonando como ecos en un túnel. Su fuerza reside en la convicción: riffs precisos, baterías tensas y una energía que no cede ni un segundo.

Arctic Flowers

Arctic Flowers cultivan un híbrido oscuro de post-punk y anarcopunk, con una atmósfera densa y letras que clavan preguntas como cuchillas. La voz de la vocalista arrastra ecos de Siouxsie, pero enciende fuegos propios. Su disco Procession avanza como una procesión fúnebre que no ha perdido la rabia. Guitarras afiladas, bajo omnipresente y estética lúgubre bien llevada.



Umeå x Hardcore: Frozen North, Burning Riffs

Umeå no tiene edificios altos. No presume de catedrales ni plazas inmensas. Está hecha de luz blanca y viento helado. Las ventanas empañadas de los autobuses en invierno. Las bicicletas atadas a postes invisibles bajo la nieve. Y, sin embargo, aquí, donde parecería que el silencio lo gobierna todo, hace décadas comenzó a crecer una de las escenas más ruidosas y combativas de Europa. Es una ciudad universitaria, progresista, joven, pero también solitaria. Aislada. En los años 80, algunos adolescentes comenzaron a tocar punk en garajes y sótanos municipales. No tenían sellos ni tiendas de discos; tenían frío, aburrimiento y rabia. Desde esos márgenes nacería algo que cambiaría la historia del hardcore escandinavo: una forma de organizarse, de cuidar, de resistir, de sonar.

Los 80s y el origen del ruido
A mediados de los años 80, bandas como Rövsvett, Missbrukarna o Terrorvålde ya agitaban el underground sueco, pero Umeå apenas era un punto remoto en ese mapa sonoro. Aun así, se empezaban a sembrar ideas. Algunos adolescentes

se acercaban a la música a través de fanzines fotocopiados, grabaciones en casete o escuchando la radio comunitaria. Se gestaba algo, aunque nadie podía ponerle nombre. La explosión llegaría más tarde, pero ya en esa década empezaba a dibujarse una sensibilidad: una necesidad de comunidad, de autonomía, de canalizar la frustración en algo más que destrucción. El punk de Umeå no fue nihilista. Fue organizativo. Ético. El ruido no era evasión: era afirmación de una vida distinta.

El templo laico del hardcore
En los años 90, todo se acelera. El centro juvenil Galaxen, apoyado por fondos públicos, se convierte en el corazón de una escena. Allí ensayan las bandas. Se organizan conciertos. Se hacen talleres, exposiciones, debates. Es un espacio de libertad creativa que la juventud hace suyo. Surgen bandas como Abhinanda, Refused, Step Forward, Saidiwas, Doughnuts. Y con ellas, voces que marcarán época. José Saxlund, al frente de Abhinanda, convierte cada letra en una declaración de principios:

straight edge, veganismo, comunidad. Funda Desperate Fight Records, un sello que da forma y rostro a la escena. Umeå ya no es solo un lugar: es un lenguaje ético y sonoro.

Familias sonoras

Las bandas no eran islas. Eran familias, redes afectivas. Se compartían locales de ensayo, equipos, casas, fanzines. Se ayudaban a grabar, a editar discos, a hacer giras. En ese tejido aparecen figuras como Dennis Lyxzén, siempre construyendo puentes entre proyectos, y Sara Almgren, bajista y multiinstrumentista, compañera en varios de ellos. La música se convertía en un lenguaje íntimo, común. Cada proyecto nuevo era una forma de continuar la conversación. No importaba tanto el estilo —post-hardcore, punk melódico, crust— como el modo de hacerlo: juntos, desde abajo, con urgencia y belleza. Era un nosotros convertido en distorsión.

Cuidar en el ruido

El hardcore de Umeå nunca fue solamente música. Fue cuidado. Fue ética. Fue disciplina emocional. Muchos de sus integrantes adoptaron el straight edge, pero no como dogma, sino como forma de autonomía. Lo mismo ocurría con el veganismo, el antiespecismo y las políticas feministas. La escena se politizó, sin caer en el sectarismo. Había debates, disensos, pero también una voluntad clara de crear un entorno seguro, donde poder gritar sin miedo. Saxlund fue una de las voces que más

insistió en esa coherencia cotidiana: vivir como se canta. Almgren aportó un estilo directo, fuerte, pero alejado de los estereotipos de género. Lyxzén, por su parte, llevó ese mensaje a los escenarios internacionales. Una tríada ética-sonora que aún resuena.

Y entonces el mundo escuchó

En 1998, Refused lanzó 'The Shape of Punk to Come'. El disco fue ignorado al principio, pero después —cuando la banda ya se había separado— se convirtió en un clásico. Fue la carta de presentación de Umeå al resto del mundo. Una muestra de que el hardcore podía ser intelectual, político, hermoso.

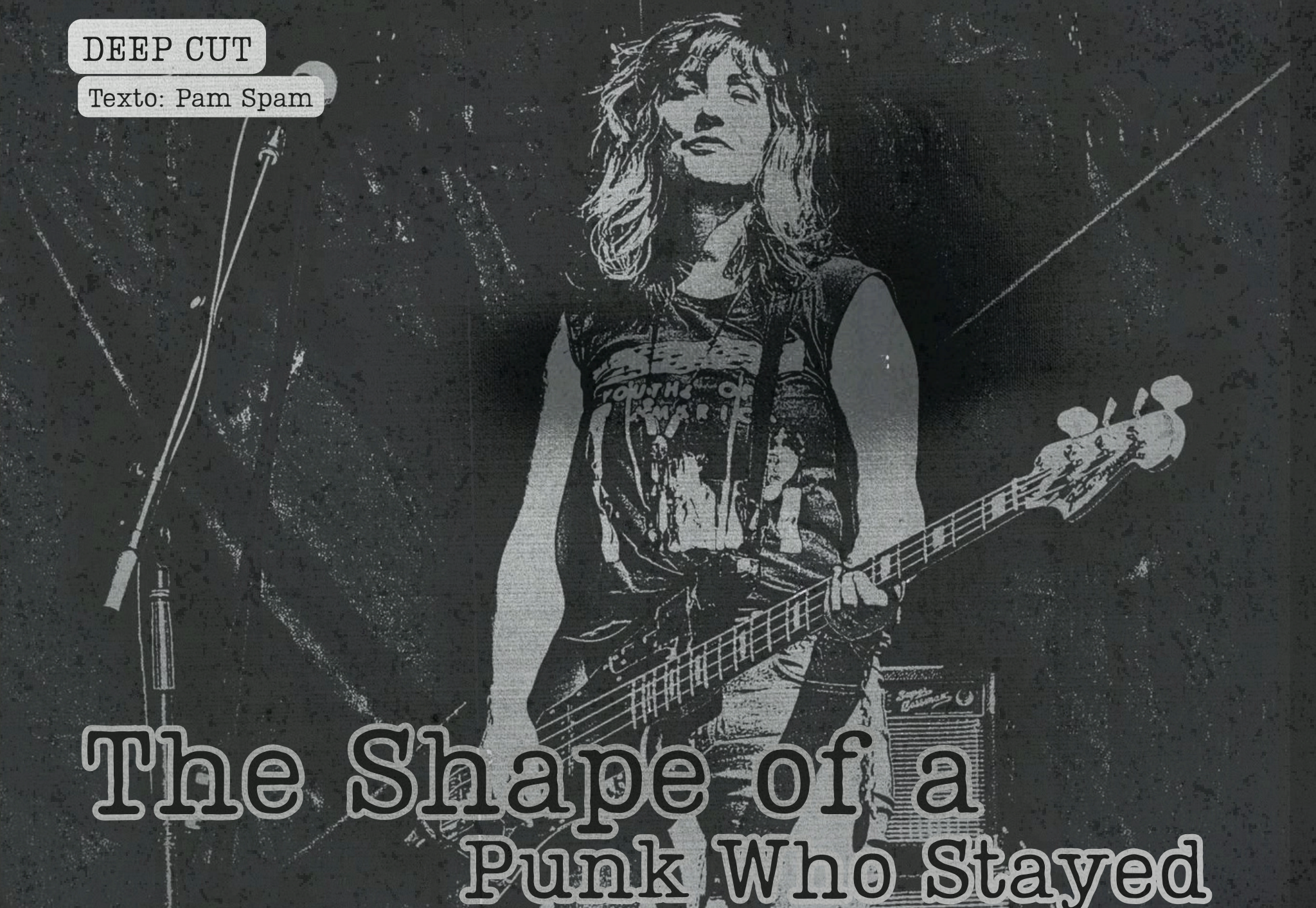
Pero 'The Shape...' no nació en un vacío. Fue el fruto de años de ensayos en Galaxen, de discusiones en cocinas ocupadas, de proyectos colectivos. El ruido de Umeå venía de lejos, y ahora el mundo lo estaba escuchando.

Hoy, el fuego sigue

Galaxen cerró. Muchas bandas se disolvieron. Algunas personas se mudaron. Pero la llama no se apagó. Sellos como Ny Våg —fundado por Lyxzén y otros veteranos de la escena— o espacios como Verket siguen activando la ciudad. Nuevas generaciones se organizan, graban, publican, crean. Conscientes de su legado, pero sin nostalgia.

Umeå sigue siendo un punto de calor en el mapa frío de Europa. Un ejemplo de cómo se puede hacer comunidad con guitarras, cables, ideas y afecto. Donde hubo ruido, sigue habiendo ecos.





The Shape of a Punk Who Stayed

Hay artistas que se imponen. Y otras que se mantienen. Sara Almgren no ha sido portada, no ha buscado foco, no ha necesitado gritar. Pero ha estado ahí: tocando, grabando, girando, sosteniendo escenas enteras con la firmeza de su bajo. En la escena hardcore punk sueca, su presencia ha sido una constante subterránea. Una línea grave que atraviesa décadas, bandas y momentos. Una frecuencia que no siempre se ve, pero que está ahí, marcando el pulso.

No es fácil sostener un pulso durante tanto tiempo. En una escena donde muchos queman rápido la mecha, Almgren ha preferido el fuego lento. Su presencia es más parecida a una brasa que a una explosión: no busca deslumbrar, sino durar. No interrumpe, acompaña. Está en los márgenes, pero esos márgenes son los que definen la forma.

De repente... ¡unas extrañas! Antes de que su nombre comenzara a circular por los márgenes de la escena hardcore internacional, Almgren ya estaba marcando presencia en Umeå como parte de Doughnuts, una banda que no solo hacía ruido, sino historia.

En los años 90, ser mujer en una banda de hardcore no era lo común, y menos aún en una formación íntegramente femenina. Doughnuts no solo resistía: afirmaba, se afirmaba. Con su propuesta cruda, veloz y directa, lograron abrir grietas en una escena que solía mirar con condescendencia a las mujeres. Sara, desde la guitarra, ayudaba a construir un sonido tenso, urgente, cargado de una energía frontal que desbordaba los márgenes del escenario. Doughnuts era algo más que una banda: era una declaración. Cada canción, cada riff, era una interrupción en el relato dominante. Almgren formaba parte de ese temblor. No como figura decorativa, sino como fuerza activa. En retrospectiva, Doughnuts aparece como un punto de inflexión: una antesala donde la política se encarnaba en forma de distorsión, y donde Sara Almgren aprendió que tocar era también ocupar espacio. La estrategia del groove No hace falta detenerse demasiado en su papel dentro de The (International)

Noise Conspiracy. Almgren formó parte de esa maquinaria ideológica y sonora, donde el punk se disfrazaba de soul marxista y los trajes rojos eran tan afilados como las letras. Tampoco hace falta repetir que compartió proyectos con Dennis Lyxzén en Invasionen o más tarde en Vännäs Kasino. Es una historia compartida que tendrá su lugar. Lo importante aquí es otra cosa: cómo Sara se movía entre capas, cómo sabía cuándo aparecer y cuándo dejar que la música hablara sola.

En esos grupos, su papel fue muchas veces de engranaje fluido, de traductora entre ideas fuertes y ejecución sutil. En un entorno repleto de manifiestos y declaraciones, ella se mantuvo como una presencia estable, de ejecución certera y musicalidad intuitiva. Una intérprete que escucha más de lo que afirma. Y que por eso,



precisamente, construye desde otro lugar.

Canciones como cuchillas

Fue en The Vicious donde Sara Almgren dio el salto de la penumbra al frente. Junto a Robert Pettersson, André Sandström y Erik Viklund, construyeron un sonido que bebía de The Damned y del punk escandinavo más afilado. Aquí, Sara empuñaba la guitarra, componía, cantaba. Era voz y filo. En entrevistas de época, evitaba cualquier protagonismo, pero sus riffs hablaban con una claridad brutal: melodías oscuras, atmósferas cargadas, tensión emocional encapsulada en dos minutos de electricidad pura.

‘Alienated’, su álbum de 2007, es un mapa emocional de esa época: un disco urgente, sin ornamentos, que suena a ciudad húmeda, a frío corporal, a

juventud con hambre de significado.

En directo, la banda era un torbellino contenido. Y en el centro de todo, Sara, siempre concentrada, sin exhibicionismo, con la intensidad exacta. The Vicious no fue solo una banda: fue un laboratorio donde Sara moldeó una estética propia, donde lo melódico no excluía lo rabioso.

Ese equilibrio entre agresión y contención es su sello. La guitarra de Almgren no ruge: corta. Cada acorde suena como si estuviera pensado para hacer grietas, pero sin derribar. Hay en su forma de tocar una tensión constante entre urgencia y estructura, como si canalizara toda una genealogía de frustración contenida a través de tres acordes perfectamente medidos. Masshysteri fue un incendio frío.

Nacido de las cenizas de The Vicious, el grupo mantuvo la formación base,

pero cambió el idioma y el enfoque. El punk pasó del inglés al sueco, y esa decisión estética fue también política.

Almgren pasó del frente a la retaguardia: bajista y segunda voz, volvió a construir desde abajo. Su estilo en el bajo es limpio, melódico, decidido. Nunca busca el lucimiento. Pero es columna vertebral. Es lo que sostiene.

En ‘Var del av stan’ (2009), todo encaja. El sonido es más maduro, la producción más cruda, pero más clara. Las letras —escritas entre Pettersson y Almgren— hablan de alienación, trabajo, ciudades grises, aislamiento. Son canciones de y para sobrevivir. Almgren no necesitó cantar alto para dejar huella. Está en la cadencia, en los silencios, en la forma de tensar una cuerda antes del estribillo. En cada una de esas decisiones mínimas

que dan forma al todo. Masshysteri tenía algo de grito contenido, de rabia bajo control, de desgarró convertido en forma. Y el bajo de Almgren era el ancla en medio de ese oleaje. No subrayaba: articulaba. Su forma de tocar era narrativa en sí misma. Una forma de decir "esto es nuestro", sin levantar la voz. Una declaración política que no necesita eslogan porque vive en el sonido.

Una frecuencia que persiste. Sara Almgren no construyó una marca. No vendió una imagen. No hizo discursos. Pero su trayectoria —entre bandas, entre roles, entre registros— habla de otra forma de estar en la música. Más horizontal. Más ética. Más persistente. Hay artistas que se imponen. Y otras, como ella, que se quedan. Que no necesitan gritar para cambiar lo que suena alrededor. No fue una líder carismática ni una figura mediática. Fue —y sigue siendo— parte del armazón invisible que hace posible una escena. El tipo de música que defiende no busca reconocimiento personal, sino colectividad, comunidad, hacer posible lo improbable. Su presencia no interrumpe, sostiene. En un entorno saturado de discursos, Almgren eligió la coherencia. Hizo del bajo un manifiesto silencioso. Y en esa decisión, construyó un legado que resuena más allá de cada banda. Porque a veces el gesto más radical es quedarse. Y seguir tocando.

FYI!

El episodio RC#86 | Umeå Hardcore de Radio Condenado es un viaje sonoro a la vibrante escena hardcore punk de Umeå, Suecia, conocida por su alta densidad de bandas en relación con su población.

El programa ofrece una selección musical que refleja la intensidad y diversidad de la escena de Umeå, consolidando su estatus como la capital europea del hardcore.

La segunda parte del episodio se centra en la historia de Refused, su influyente álbum *The Shape of Punk to Come* y su disolución en 1998. Además, se presentan proyectos posteriores de Dennis Lyxzén



RC#86 | Umeå Hardcore - Radio Condenado - Podcast on iVoox

Esta semana en Radio Condenado Podcast viajamos musicalmente a la llamada Capital del Hardcore e...



Melodies from the Scandinavian Twilight

Texto: Pam Spam

Gorilla Angreb

Fueron como una granada en la escena danesa, y explotaron antes de que te diera tiempo a aprenderte el nombre. Gorilla Angreb no vinieron a abrazarte, pero tampoco te dejaron solo. En su ruido había algo profundamente humano, como si supieran lo que era mirar el techo a las 3 AM preguntándote qué estás haciendo con tu vida. Cortaban como cuchillas de afeitar oxidada, pero tenían melodía. Una melodía torcida, casi pop, si el pop se hiciera en una fábrica abandonada con neones rotos.

Vånna Inget

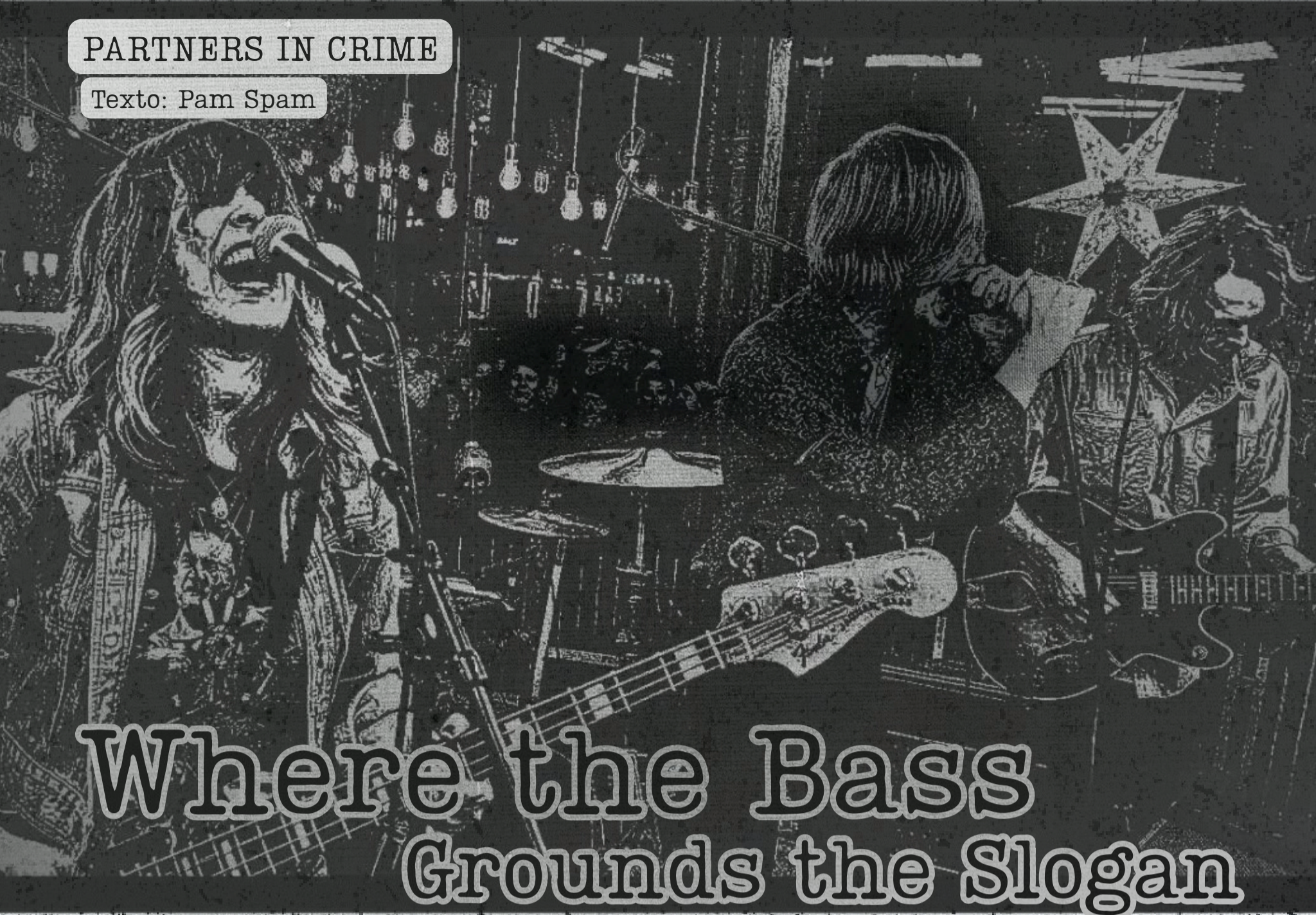
Imagina crecer con el corazón hecho un amasijo entre ABBA y Ebba Grön. Eso es Vånna Inget: gente que aprendió a llorar con estribillos coreables y a pelear sin perder la dulzura. En algún rincón de Suecia, donde los inviernos se alargan como pensamientos incómodos, alguien decidió que la melancolía podía sonar fuerte. Karolina canta como si llevara dentro una tormenta, pero lo hiciera con los ojos cerrados y un cigarro a medio apagar. Punk para bailar con los puños cerrados y las uñas negras.

Rotten Mind

Rotten Mind suena a resaca emocional. Como cuando sales del local a las 5 de la mañana y no sabes si lo que sientas es angustia existencial o solo so las drogas. Vienen de Uppsala, pero podrían ser de cualquier sitio donde la juventud se te escurre por las manos. En su música hay polvo, hay eco, hay rabia encapsulada. Se nota que han crecido escuchando a los Wipers pero mirando las noticias con horror. Son post-punk sin pretensión arty, solo gente intentando no perderse del todo.

Terrible Feelings

Malmö en blanco y negro. La ciudad se convierte en película de culto de los 80 que nadie filmó. Terrible Feelings es lo que pasa cuando el punk deja de gritar y empieza a mirar al suelo, pero sin perder la mala leche. Tienen riffs que son puentes, letras como diarios encontrados en casas vacías, y una forma de sonar que hace que incluso el silencio parezca lleno. Es punk con delineador corrido. Genterota, sí, pero con estilo.



Where the Bass Grounds the Slogan

En Umeå, hay inviernos que no terminan nunca. El cielo es gris, el suelo blanco, y entre ambos flota el ruido de un bajo afinado. A veces, ese ruido es el único calor disponible. En esa ciudad congelada, entre colectivos, ensayos comunitarios y fanzines duplicados, Dennis Lyxzén y Sara Almgren aprendieron a hablar el mismo idioma sin interrumpirse. Compartieron bandas, escenarios, tensiones, pero nunca se pisaron el discurso. Él habla. Ella afina. La historia de su colaboración es una danza de equilibrios. Mientras Dennis se lanzaba al público con discursos incendiarios y movimientos frenéticos, Sara mantenía una presencia serena pero firme, sosteniendo el andamiaje musical que impedía que todo se desmoronara. Su relación profesional es un testimonio de cómo dos fuerzas opuestas pueden converger para crear algo cohesivo y poderoso.

El manifiesto ruidoso
Sara Almgren se unió a The (International) Noise Conspiracy en un momento en que el grupo ya se había posicionado como el brazo musical de

un nuevo manifiesto punk marxista. Uniformes, performance y mucho statement. En ese escenario saturado de ideología y estética, Almgren aportaba otra cosa: groove, base, consistencia. Mientras Dennis Lyxzén alzaba el puño, Sara se aseguraba de que el ritmo no temblara. Tocaba guitarra rítmica, órgano y teclados. No hacía falta que gritara: su presencia ofrecía una forma distinta de entender la política, menos panfletaria, más concreta, más física. En directo, ella era el equilibrio. No desafiaba al público, no arengaba desde el micrófono. Pero estaba ahí, precisa, sólida, funcionando como contrapeso. Su presencia completaba la propuesta sin competir con ella. La guitarra y los teclados se convertían en otra forma de discurso: uno que no pretende convencer, sino sostener. Su habilidad para alternar entre instrumentos le daba a la banda una versatilidad sonora que enriquecía sus presentaciones en vivo. Almgren no solo aportaba técnica, sino también una sensibilidad musical que matizaba la intensidad del grupo, permitiendo



que las canciones respiraran y
tuvieran profundidad

Lo íntimo dentro del caos
Más adelante, cuando Dennis reformuló su discurso en clave existencialista, Almgren volvió a aparecer. Esta vez en Invasión, un proyecto que sonaba más oscuro, más melódico, más emocional. Aquí, la tensión entre ambos se volvía más sutil: una especie de comunicación interna, no verbal, que solo se da entre personas que comparten un lenguaje aprendido en la práctica. En Invasión, Almgren volvió al bajo. En la grabación, su línea era sobria, melódica, casi narrativa. Era la que tejía los espacios donde Lyxzén podía desbordarse sin miedo de caer. El grupo hablaba de miedo, angustia, precariedad emocional, y Almgren le ponía cuerpo a esa sensación con un fraseo mínimo pero contundente. Había algo en su forma de tocar que sonaba a cuidado. A quedarse cuando todos salen. La dinámica entre ambos en esta banda reflejaba una madurez artística. Mientras Dennis exploraba nuevas temáticas líricas, Sara proporcionaba una base sólida que permitía esa exploración sin perder el rumbo musical. Su colaboración en

Invasión es un ejemplo de cómo la confianza mutua puede dar lugar a una evolución creativa significativa. Cuando el tiempo volvió a pasar y ambos coincidieron de nuevo en Vännäs Kasino, ya no había manifiestos. Solo ruido. Ruido denso, garage punk, batería rota, canciones rápidas con olor a gasolina. Y ahí estaba Sara, de nuevo, empuñando el bajo como quien sabe perfectamente lo que hace falta para que todo no se venga abajo. En ese caos ordenado, su ejecución era precisa, sin adornos, pero con intención. Pocas veces se analiza el trabajo de una bajista desde lo estructural. Menos aún cuando está junto a un frontman con la energía escénica de Dennis Lyxzén. Pero lo que hace Almgren no es invisible: es arquitectónico. Ningún riff suyo busca el foco, pero sin él todo sería menos nítido, menos denso, menos verdadero. En Vännäs Kasino, suena como un puente entre décadas, entre bandas, entre momentos vitales. Su capacidad para adaptarse a diferentes estilos y contextos musicales demuestra una versatilidad que va más allá de la técnica. Almgren no solo se ajusta al sonido de la banda,

sino que lo moldea, aportando una identidad sonora que se siente tanto en las grabaciones como en las actuaciones en vivo.

Afinarse mutuamente
La historia de Almgren y Lyxzén no es una biografía paralela. Es una partitura de colaboraciones intermitentes, un mapa de puntos de contacto. Ella nunca necesitó ser coautora del discurso. Le bastó con sostener la línea. En cada banda en que han coincidido, Almgren ha ejercido un rol de fundamento, de ritmo, de profundidad. No como seguidora, sino como igual. Como quien afina mientras el otro grita. Porque en el punk no todo es volumen. A veces, la revolución necesita una nota grave para no convertirse en consigna vacía. Y ahí, en esa frecuencia grave, Almgren ha sido siempre exacta. Donde él alza el eslogan, ella pone tierra. Donde él arde, ella sostiene. Esa es la verdadera forma de un dúo: no repetirse. Afinarse.

FYI!

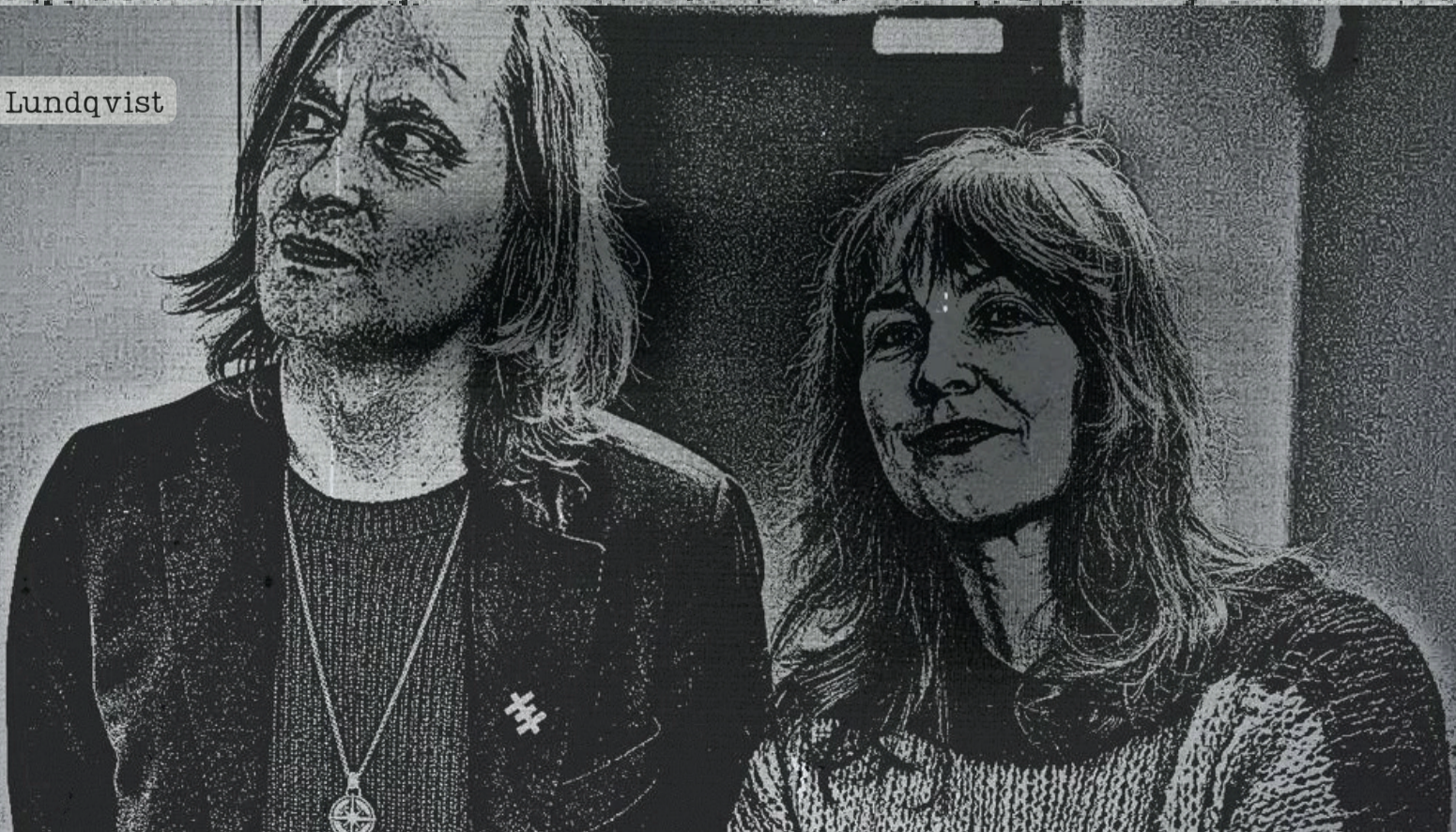
UxÅ no es solo un documental, es un recordatorio. De cuando el hardcore era más ética que estética. De cuando en Umeå hacía frío afuera y también adentro, pero el ruido te salvaba.

El relato pasa por voces conocidas —Dennis Lyxzén, José Saxlund, Johannes Persson— pero no busca mitos. Habla desde los márgenes: locales okupados, conciertos en sótanos, cintas quemadas. Galaxen como catedral. Los ensayos como política.

UxÅ no busca que te emociones: quiere que recuerdes. Lo que era vivir con convicción, hacer ruido con sentido, construir escena sin pedir permiso.



Imagen: Markus Lundqvist



Tex-Ass Is The Reason

Texto: Pam Spam

The Marked Men

The Marked Men suenan así: como velocidad contenida, como una melodía que no te salva, pero al menos te hace compañía. Es punk quemado por el sol de Denton, con estribillos que suenan a esperanza y guitarras que te dicen que no te fíes de nadie. Rápidos, melódicos, inquietos. Como si los Buzzcocks hubieran crecido en un garaje tejano entre ventiladores rotos y latas de cerveza caliente.

GOD
GUNS
FREEDOM

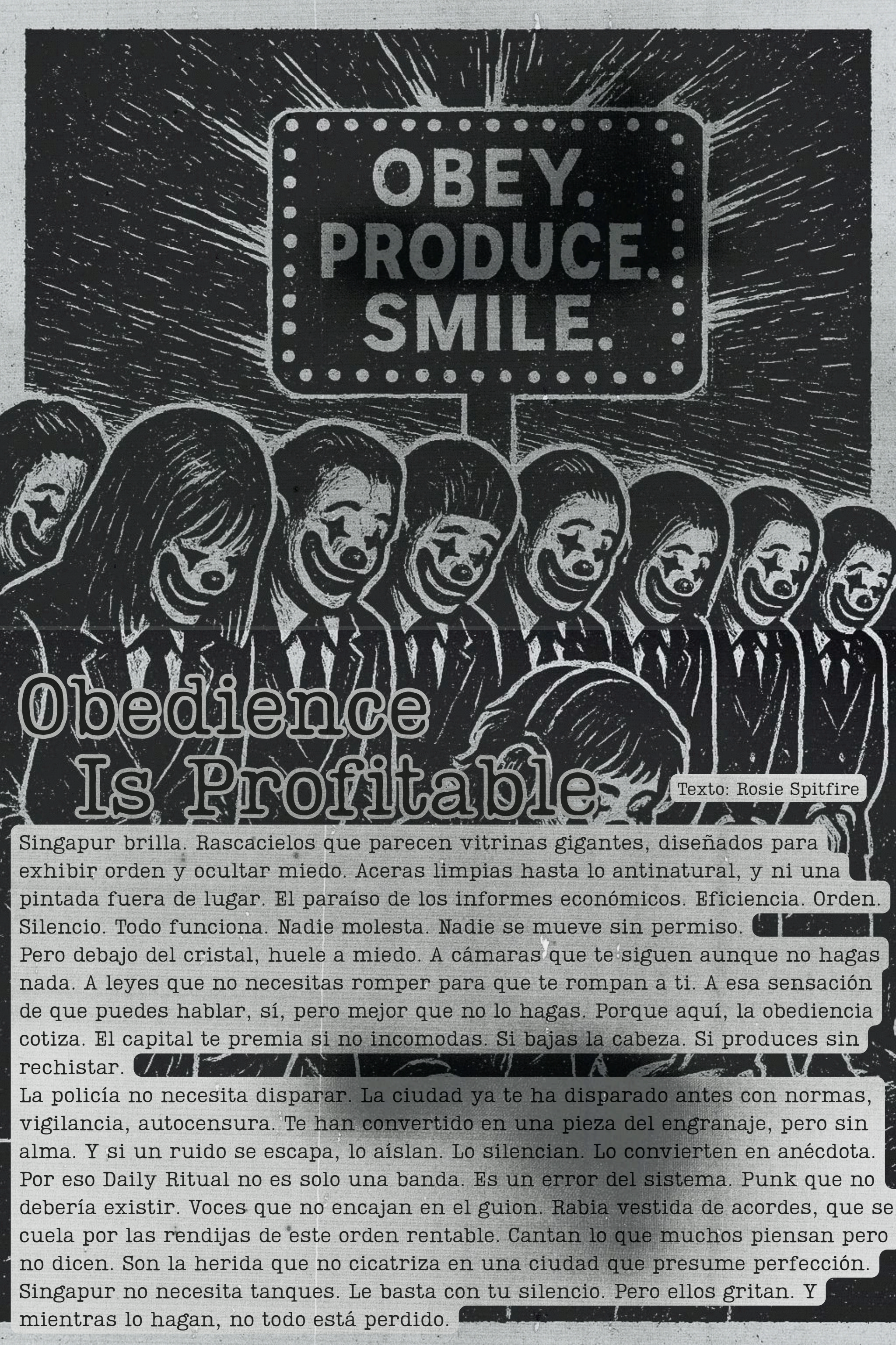
TEXAS

Bad Sports

Bad Sports es la resaca de la fiesta punk a las 6:37 a. m., cuando ya nadie queda y suena una canción que no sabés si es buena o solo estás demasiado cansado para discutir. Guitarras glam de segunda mano, actitud de escuela pública, letras que no pretenden tener razón pero sí ruido. En algún lugar entre los Ramones, los Dead Boys y el aburrimiento de tener 23 años y estar harto de todo. Suenan como una patada adolescente vestida de cuero, pero con el alma desordenada de alguien que sabe que igual mañana hay que madrugar.

The Hex Dispensers

The Hex Dispensers hacen canciones que parecen rituales. Pero no rituales hippies: rituales oscuros, medio pulp, medio cómic de terror barato encontrado en una tienda de segunda mano. Son como si los Ramones hubieran leído demasiado a Lovecraft y vivido en un sótano sin ventanas. Tienen ese groove que arrastra, riffs como cuchillos sucios, y un aire a horror doméstico que da gusto. Es punk con forma de maldición, pero una que bailás mientras maldecís la vida moderna y tu propio reflejo.



OBEY.
PRODUCE.
SMILE.

Obedience Is Profitable

Texto: Rosie Spitfire

Singapur brilla. Rascacielos que parecen vitrinas gigantes, diseñados para exhibir orden y ocultar miedo. Aceras limpias hasta lo antinatural, y ni una pintada fuera de lugar. El paraíso de los informes económicos. Eficiencia. Orden. Silencio. Todo funciona. Nadie molesta. Nadie se mueve sin permiso.

Pero debajo del cristal, huele a miedo. A cámaras que te siguen aunque no hagas nada. A leyes que no necesitas romper para que te rompan a ti. A esa sensación de que puedes hablar, sí, pero mejor que no lo hagas. Porque aquí, la obediencia cotiza. El capital te premia si no incomodas. Si bajas la cabeza. Si produces sin rechistar.

La policía no necesita disparar. La ciudad ya te ha disparado antes con normas, vigilancia, autocensura. Te han convertido en una pieza del engranaje, pero sin alma. Y si un ruido se escapa, lo aíslan. Lo silencian. Lo convierten en anécdota. Por eso Daily Ritual no es solo una banda. Es un error del sistema. Punk que no debería existir. Voces que no encajan en el guion. Rabia vestida de acordes, que se cuela por las rendijas de este orden rentable. Cantan lo que muchos piensan pero no dicen. Son la herida que no cicatriza en una ciudad que presume perfección. Singapur no necesita tanques. Le basta con tu silencio. Pero ellos gritan. Y mientras lo hagan, no todo está perdido.

REWIND & LISTEN

Texto: Pam Spam

Bad Nerves

Hay grupos que te dan ganas de correr. No por miedo, sino por pura electricidad. Bad Nerves suenan como si los Ramones se hubieran metido en una centrifugadora con The Hives y salieran gritando por el altavoz de un coche patrulla robado. Todo va rápido, todo va alto, todo va como si fuese la última canción que vas a escuchar antes del colapso. No hacen punk para pensar: hacen punk para no estallar. Y eso, en tiempos de hipercontrol y apatía planificada, es una forma legítima de protesta. Si esto no te acelera el pulso, estás oficialmente muerto por dentro.

The Shitty Limits

Esto no es elegante. Esto es ruido sucio con olor a papel de lija y portazo mal dado. The Shitty Limits hacen garage punk con mala hostia, velocidad y letras que parecen escritas en un vagón de metro a las tres de la mañana después de una redada. Te dan una patada, te dicen que te jodas y luego se largan antes de que puedas entender qué ha pasado. Son ingleses, pero suenan como si les hubieran prohibido serlo. A veces parecen fuera de tono, pero es porque están en otra frecuencia. Y si no los pillas, mejor te apartas.

Hysterese

Oscuros, intensos, pegajosos. Como un sueño febril con sonido a fuzz y voces en eco. Hysterese no vienen a caerte bien: vienen a decirte que algo va mal y que ya lo sabías. Tienen un pie en el punk y otro en el post-todo, con esa densidad alemana que te arrastra como un mar de alquitrán. Hay melodía, sí, pero está envuelta en gritos contenidos y guitarras que te cortan en diagonal. Lo suyo es el tipo de música que no te suelta aunque quieras zafarte. Y cuando termina, te deja con esa sensación incómoda de que el mundo sigue, pero más torcido.

THE FUTURE IS CANCELLED

Texto: Nico Grime



The Responder:

A System Bleeds Through His Badge

‘The Responder’ se vende como el retrato íntimo de un policía al borde del colapso, pero lo que muestra —con toda su mugre, sudor y noches sin dormir— no es el derrumbe de un individuo, sino la normalidad de una institución enferma. No es que el protagonista esté mal: es que el sistema funciona así. Agresivo, agotado y violento por defecto.

Durante décadas, la ficción británica se ha empeñado en mostrarnos al “poli bueno” como un mártir silencioso. Esta serie afina el truco: nos da un protagonista angustiado, desbordado, aparentemente moral, y lo lanza por las calles de Liverpool como si con eso bastara para redimir su uniforme. Pero lo que hay detrás de esa angustia no es humanidad: es poder. Poder descontrolado, arbitrario, contaminado desde la raíz.

La relación con su compañera —una mujer joven, negra, profesional y mucho más centrada— lo deja en evidencia. No porque sea explícitamente violento con ella, sino porque la reduce constantemente a testigo. Decide por ella, la arrastra a sus impulsos, la ignora cuando habla. Y lo hace sin que nadie lo cuestione. No es sólo machismo. No es sólo racismo. Es la combinación habitual de ambos: esa que permite que un tipo blanco, quemado y emocionalmente inestable tenga más autoridad que una mujer racional y competente. Eso también es parte del sistema.

Y el sistema está podrido. No de forma espectacular, sino en lo cotidiano. Corrupción no como gran revelación, sino como *modus operandi*: encubrimientos, decisiones al margen del procedimiento, pactos turbios con la calle. Abuso de poder como estrategia de supervivencia. ‘The Responder’ no necesita mostrar un escándalo para hablar de abuso policial: basta con seguir al protagonista una noche cualquiera y ver cómo la autoridad se ejerce como quien lleva una herida abierta en la mano —sangrando, pero golpeando igual.

Hay quien dirá que la serie humaniza al policía. Pero lo que hace, en realidad, es mostrar cómo esa humanidad sirve de escudo. Cómo el drama personal del agente tapa el drama colectivo de una comunidad vigilada, empobrecida y abandonada. ‘The Responder’ incomoda, sí, pero no por lo que denuncia: por lo que deja pasar sin señalar. Y eso la convierte, sin quererlo, en un espejo nítido de la policía británica contemporánea.

La sangre no mancha el uniforme. Sale de él.



CONSUME
REPEAT
ERASE

When I got the music, I got a place to go
condenadofanzine.com



ERASE